



SÍNTESIS FINAL DE LA FASE DIOCESANA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS SOBRE LA SINODALIDAD DE LA IGLESIA QUE PEREGRINA EN CANTABRIA Y MENA



FASE DIOCESANA

PARTICIPACIÓN SÍNODO



135 GRUPOS

2.424 PARTICIPANTES



FASE DIOCESANA

PARTICIPACIÓN SÍNODO



1.676 MUJERES

748 HOMBRES

84,74% ADULTOS

6,82% JÓVENES

8,44% NIÑOS

EDAD MEDIA 54 AÑOS



FASE DIOCESANA

PARTICIPACIÓN SÍNODO



PARROQUIAS PARTICIPANTES	87
CONGREGACIONES RELIGIOSAS	8
INSTITUCIONES EDUCATIVAS	3
OTRAS INSTITUCIONES	1
Nº GRUPOS EN PARROQUIAS	122
Nº GRUPOS CONGREGACIONES RELIGIOSAS	8
Nº GRUPOS INST. EDUCATIVAS	2
Nº GRUPOS OTRAS INSTITUCIONES	3

FASE DIOCESANA

PARTICIPACIÓN SÍNODO



CATEQUISTAS:	16,07%
LITURGIA:	10,08%
CONSEJOS...:	20,13%
DELEGACIONES:	5,11%
CÁRITAS:	13,07%
COFRADIAS:	4,38%
ENSEÑANZA:	4,71%
PRISIONES:	0,81%
OTROS:	5,68%
ASOCIACIONES	6,49%
CONSAGRADOS:	7,87%
SACERDOTES:	5,03%
OTRAS RELIGIONES:	0,57%



El papa Francisco, en su ejercicio de pastor universal de la Iglesia, nos ha convocado para reavivar y manifestar nuestro carácter de Pueblo de Dios que camina en comunión, en clave sinodal, compartiendo los gozos, esperanzas y retos del mundo en el que nos encontramos y al que estamos llamados a evangelizar.

Su propuesta supone, en primer lugar, generar un signo de comunión universal, una parábola del compartir, capaz de anunciar ante la mirada del mundo, la alternativa de una vida diferente, en la que se resalte la unidad en el caminar de la Iglesia, porque la unidad es el signo indicado por Jesucristo *“para que el mundo crea”* Jn 17,21.

Pero, y en segundo lugar, más allá del signo generado, el papa Francisco ha querido poner al Pueblo de Dios en clave de escucha. Escuchar *“lo que el Espíritu dice a las iglesias”* Ap 2, 7. Escuchar también lo que este pueblo con voz profética está llamado a manifestar desde su sentido de corresponsabilidad.

¿Qué acentos cabe resaltar de ambos objetivos a la luz de la experiencia sinodal vivida en la Iglesia Diocesana de Santander?

1.- Pueblo de Dios que comparte.

Durante la etapa diocesana sinodal, la Iglesia Diocesana de Santander ha vivido la experiencia de universalidad, compartiendo inquietudes, sentimientos de oración, así como la actitud de escucha y diálogo, unidos en el deseo de avanzar cada vez más en la realización y autenticidad de su propio ser: ser pueblo de Dios que camina en comunión.

Cabe, en este sentido, valorar el tono percibido en la experiencia vivida, habiendo asumido la tarea de encuentro con el sentimiento de un acontecimiento necesario y fructífero para los participantes y para la necesaria renovación de la vida de la Iglesia. Se diría que el Espíritu de Dios ha ido pasando por espacios rurales o urbanos, por corazones jóvenes o mayores, por mentalidades de un signo o de otro, pero ha pasado uniendo, más allá de la diversidad, estableciendo a todos en la comunión de un mismo deseo: hacer de la Iglesia, como dice el C. Vaticano II, *“el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano”* LG, 9.

Con expresiones surgidas y compartidas en los diversos grupos como *“Somos piedras vivas”, “Experiencia viva”, “En este momento de sinodalidad estamos caminando juntos”, “La Iglesia debe cambiar y puede hacerlo”. “Reconocemos que tenemos una responsabilidad en todo ello, por eso estamos aquí”* ... se percibe en lo dicho por los participantes el sentimiento compartido de caminar, de avanzar en la autenticidad de lo que está llamado a ser el Pueblo de Dios.

Junto a esto, se aprecia, no obstante, en la diversidad de experiencias reflejadas, los modos diferentes de entender el camino a seguir, los planteamientos diversos a considerar, el tono de lectura que se hace del sentido actual de la Iglesia. Son diferencias que manifestadas en espíritu de fraternidad vienen a enriquecer y ampliar el horizonte y la mirada de la eclesialidad, ayudan a comprender a los demás y a abrirnos a las nuevas realidades que tal vez no habíamos observado. Vivir la comunión integrando la diversidad deberá ser un continuo elemento de discernimiento en la vida de este pueblo.

Finalmente, otro elemento a resaltar, como materia de reflexión, es la incidencia de participación que ha tenido lugar. A este respecto, hay que señalar que la mayor parte de participantes ha correspondido a los grupos que habitualmente forman parte del organigrama parroquial, frente a la exigua participación respecto al número ingente de bautizados, de alejados, de los asistentes a misa de cada domingo...

2.- Pueblo de Dios que escucha y propone.

En clave de oración y en clave de comunidad se ha vivido la experiencia de escuchar al Espíritu Santo, desde la acogida y diálogo fraterno.

La amplia y multiforme variedad de grupos surgidos: edades, contextos diferentes, circunstancias diversas, motivaciones..., han ido situándose en su compartir ante los diversos temas sinodales propuestos: las preguntas fundamentales sobre el sínodo, compañeros de viaje, el escuchar, tomar la palabra, celebrar, corresponsables en la misión, diálogo en la Iglesia y sociedad, con las otras confesiones cristianas, autoridad y participación, discernir y decidir, formarse en la sinodalidad.

¿Qué es lo que ha manifestado nuestra comunidad diocesana en su escucha y reflexión?

En general, su aportación pone de manifiesto las fortalezas y debilidades que marcan en este momento la vida de la Iglesia, especialmente mirando su relacionalidad con el mundo. Y, por otra parte, manifiesta las propuestas que se consideran necesarias en pro de una Iglesia en sintonía con los signos de los tiempos.

Así, entre las fortalezas más reiteradas aparecen las siguientes:

a.- Se perciben experiencias positivas de sinodalidad en nuestra Iglesia, en los pequeños detalles cotidianos de participación en la vida eclesial. Buena parte de los grupos señalan los signos de sinodalidad, de forma privilegiada, en la celebración de la Eucaristía como experiencia de comunión y celebración, así como la escucha y atención de tantos empobrecidos a través de Cáritas y otros muchos compromisos sociales. Se señala a los grupos parroquiales como “compañeros de viaje” más habituales. Los consejos pastorales son vividos como espacios de discernimiento y decisiones a tomar, la participación en las distintas programaciones de evangelización... En definitiva, como señala alguno de los grupos: *“Compartiendo experiencias de vida”*, *“Hay signos de funcionar en modo sinodal”*, apuntan otros.

b.- La Iglesia, en concreto la parroquia, aún con sus carencias, aparece como *“hogar donde encontrarnos con Jesús y sentirnos acogidos en cualquier momento. Es la fuente de la plaza del pueblo donde todos vamos a beber cuando tenemos sed. Es en comunidad donde vivimos los momentos más importantes de nuestra vida”*. Manifiesta así el espíritu de sinodalidad, con sus grupos de referencia donde se puede compartir, contrastar opiniones, ayudarse, apoyarse mutuamente, celebrar la vida.

c.- En su relación con el mundo, con la sociedad, se señala la sensibilidad de la Iglesia, sobre todo ante las dramáticas situaciones de pobreza, necesidad e injusticia que marcan la vida de tantos pueblos, así como el esfuerzo por el desarrollo del ser humano. El ejercicio de la caridad viene a ser un sello de identidad de la Iglesia, en su escucha ante el clamor de los que sufren.

d.- *“Soñamos con un Iglesia que ora, que hace silencio hondo, que escucha lo que late dentro del mundo, y que se sienta, paciente, a escuchar el dolor, también de los que están decepcionados de ella, y heridos por ella. Una Iglesia que sabe pedir perdón y que no lo hace por cortesía o por cuidar su imagen. Una Iglesia que no tiene todas las respuestas y que se*

deja evangelizar. Una Iglesia humilde y verdadera, que sirve, sin pedir nada a cambio. Una Iglesia enamorada de Jesús.

Respecto a **las debilidades**, se han ido señalando:

a.- La escasa participación y compromiso de los laicos en la vida parroquial. Especialmente se señala la desconexión que se da respecto a los jóvenes, para los que la iglesia, en sus celebraciones y planteamientos, en ocasiones viene a ser un espacio “extraño y aburrido”.

b.- En términos generales lo manifestado describe una Iglesia, en la concreción de las parroquias, cansada y monótona en el ejercicio de su misión. Se habla de comunidades “carentes de fe y vida”, “*faltas de experiencia personal con Cristo*”. Lo que nos hace plantearnos que hay que reavivar esa llama que se ha ido apagando por diversos motivos.

c.- Respecto a los laicos se percibe una cierta desafección y carentes del sentido de corresponsabilidad. Reiteradamente se echa en falta auténticos procesos de formación. En expresión de algún grupo, los laicos “*delegan con frecuencia en sus pastores*”. En este mismo aspecto, también se ve la necesidad de dar a conocer los distintos ministerios laicales y los diferentes ámbitos en donde ejercer su participación.

d.- Se detectan dificultades respecto a “la jerarquía” en el modo de entender su ministerio y relación con el resto de los miembros de la Iglesia. “*La autoridad ha de ser más entendida como guía que como camino impuesto*”. Se echa en falta la cercanía con el pueblo y el trabajo de forma conjunta y ayudándose mutuamente.

e.- Deficiencia en la comunicación. Se indica el uso de un lenguaje litúrgico, social... no comprensible, que supone una cierta barrera tanto para la comprensión de las celebraciones, como para el entendimiento con la sociedad. Algún grupo señala que “*El primer contacto con la Iglesia suele realizarse mediante palabras e imágenes*”, por lo que esas palabras e imágenes deben ser inteligibles.

Finalmente, junto a todo lo anteriormente expuesto, **¿Qué es lo que se propone para avanzar en sinodalidad?:**

a.- Asumir como referencia el modelo de vida eclesial en el inicio del cristianismo, en sus comunidades, teniendo como fuentes el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, así como un completo desarrollo de los postulados del Concilio Vaticano II. Esto debe ser fuente de formación tanto para el clero como para laicos.

b.- Incidir en un mayor conocimiento y celebración de la Eucaristía como centro y fuente de la vida cristiana, así como la oración compartida, espacio privilegiado de sinodalidad. Esto requiere una nueva “renovación”.

c.- La Iglesia, desde el ámbito de las parroquias, no debe ser indiferente hacia aquellos que se han alejado de las comunidades parroquiales por diversos motivos. Debe favorecer el encuentro personal, el diálogo, ser un espacio de relacionalidad respetuosa. Se debe crecer en la imagen de Iglesia como servidora de la humanidad, lo cual implica actitud de acogida, escucha, diálogo y conocimiento sensible de los signos de los tiempos. Siendo lo que es, teniendo clara su misión, debe sentirse próxima, “abierta” a la realidad del mundo. Como primer paso se propone la revisión y renovación de su lenguaje para que su mensaje sea inteligible y significativo para la cultura actual.

d.- Ante las situaciones actuales, se plantea, por diversos grupos, la conveniente reflexión sobre la situación de los jóvenes ante la Iglesia, la presencia y ejercicio de la mujer en la Iglesia, así como el modelo del ministerio sacerdotal y otros ministerios laicales.

e.- El acompañamiento, especialmente en el ámbito de la familia, donde se ha de establecer el primer espacio de formación y crecimiento en la fe. Acompañamiento también en el clero y el laicado como necesidad en la renovación espiritual.

f.- Necesidad de fortalecer la conciencia de corresponsabilidad entre clero, laicos y vida consagrada. Desde una adecuada formación y se deberá suscitar con nitidez la importancia y complementariedad de dichas vocaciones. En especial, se pide resaltar el papel del laicado en la Iglesia, despertando en él la implicación y compromiso personal, la pertenencia a una comunidad. Que como dice algún grupo: *“Juntos tratemos de construir en este mundo el Reino del que Jesús nos hablaba”*.

VALORACIÓN DE LA EXPERIENCIA

Con sentido de síntesis, cabe señalar que han brotado criterios compartidos, que vienen a ser puntos de inflexión en el camino que la Iglesia Diocesana de Santander está llamada a realizar en su presente y futuro. Se trata de acentos que manifiestan las fortalezas, debilidades y actitudes que definen el modo de ser de nuestra iglesia hoy.

Esta valoración que realizamos de la reflexión y aportación de los grupos sinodales lo hacemos con mirada de sorpresa por el interés y talante positivo de participación, el anhelo manifestado en la búsqueda de nuevos modos y maneras de cambio, pero también asumiendo la carga de la dificultad que supone la síntesis de un abanico tan amplio de los temas surgidos en los diversos grupos y de los matices particulares mostrados en cada uno de ellos.

1.- ¿Qué aspectos más decisivos resaltamos?

a.- La experiencia del encuentro marcada por la diversidad de carismas en clima de fraternidad que ora, escucha y comparte. Este gesto en sí aparece como algo decisivo y determinante.

b.- El valor del discernimiento compartido. Ante los múltiples retos que interpelan a la vida de la Iglesia la experiencia sinodal vivida ha puesto en valor la necesidad del encuentro, en el que cada uno personalmente cuenta a la hora de buscar respuestas y caminos. Lo vivido resitúa el sentido de la corresponsabilidad eclesial.

c.- Percibir la importante labor que realiza el Espíritu Santo, impulsando la dimensión sinodal de la Iglesia como Pueblo de Dios que camina en la historia, que en cada momento habla y que conduce al quehacer renovador de la Iglesia, de forma viva y real. Como se ha afirmado en la experiencia vivida *“Se trata de un soplo nuevo del Espíritu Santo que transmite energía y optimismo”*.

d.- El anhelo ampliamente manifestado de la necesidad de cambio en el modo de sentirnos Iglesia. Este consenso común tiene su punto de divergencia, no obstante, en los modos y maneras de señalar la dirección del cambio, pero, en definitiva, un cambio que reclama una verdadera

renovación espiritual que vuelva a suscitar el *“mirad cómo se aman”* (Tertuliano). Una renovación espiritual que toque el corazón y facilite el encuentro personal con Jesucristo.

e.- La vida celebrativa de la Iglesia en sus sacramentos, especialmente en lo que supone y significa la Eucaristía. Si es verdad que se manifiesta como un signo prioritario de sinodalidad, también es cierto que está reclamando una revitalización existencial en sus celebraciones de tal manera que toquen el alma de los fieles; ayudándose de un lenguaje actualizado y que resulte sencillo y cercano para todos. La liturgia ejercida en los sacramentos deberá *“visibilizar”* el paso salvador de Jesucristo en este tiempo y circunstancias.

f.- La dimensión formativa del pueblo de Dios, en cada uno de sus miembros, lo que supone una urgencia para dar contenido a la fe. Es algo reclamado, aunque contradictoriamente no priorizado. Se trataría de establecer procesos formativos de fe marcados por su sencillez y claridad. Una formación integral, permanente y continua que, por un lado, ayude a crecer en la fe y a dar razón de la misma y por otro suponga un cambio personal en la propia vida, ayudándonos a ser verdaderos testigos de Jesús en los ámbitos en que nos encontremos.

g.- Finalmente el contenido de la misión de la Iglesia, deberá dejar claro, con palabras y gestos, que *“Jesucristo no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”* Jn 3, 17, y ese anuncio es fuente de esperanza y alegría y debe marcar la relacionalidad de la Iglesia con nuestro mundo, con la sociedad.

Si bien todo lo señalado anteriormente viene a ser fruto del discernimiento realizado, ello ha supuesto también constatar y compartir actitudes que manifiestan debilidades en la vida de la Iglesia, de las parroquias, de los grupos, contraponiendo sentimientos, manifestando, en definitiva, debilidades. Ejemplo de ello puede ser la imagen de la Iglesia entendida en esquema puramente social; la falta de formación en los contenidos de la fe; el escaso sentido de corresponsabilidad en el amplio sector del laicado, las dificultades en la sintonía con los jóvenes, la carencia de una opción decidida por la comunión en la vida de la comunidad...

Sin embargo, darnos cuenta de estas debilidades, ponerlas en manos del Señor, a la luz de la Palabra y dejándonos interpelar por el Espíritu Santo,

nos ha ayudado a reforzar nuestra fe, a acoger la verdad y a darnos un fuerte impulso para querer seguir adelante con esperanza e ilusión. La Iglesia la formamos todos y con la ayuda de todos será como saldremos adelante; solamente caminando juntos y unidos, seremos capaces de construir el Reino de Dios aquí y ahora.

2.- Impacto sinodal

La experiencia vivida a través de todo el proceso ha supuesto esencialmente un fenómeno pastoral, revulsivo tanto para la vida diocesana, como para la vida parroquial. La experiencia de participación, expectativas y anhelos han abierto horizontes de posibilidades y necesidades de encuentro, diálogo, escucha, renovación...especialmente de autenticidad y sintonía con el mundo y la sociedad en que la Iglesia está llamada a ser “sal y luz”, “voz de los sin voz”, “Evangelio vivo”.

El impacto de la experiencia sinodal como tal, ha dejado en la conciencia eclesial la llamada a un despertar, a vivir en su originalidad y frescura el ser de la Iglesia, la identidad de Pueblo de Dios en camino, afrontando los retos y circunstancias propias de este tiempo y este mundo. Un impacto significativo para la Iglesia, del que, sin embargo, no se ha percibido su eco en el espacio de la sociedad. Ese será otro de nuestros retos, una mayor presencia pública dando testimonio con nuestra propia vida al estilo de Jesús.